



TEMA 7. «No podéis servir a dos señores». La pobreza de espíritu

«Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24).

La pobreza de espíritu es una de las lecciones que aprendemos en Nazaret, al calor de la vida de hogar de la Sagrada Familia. En aquella casa, los corazones no estaban divididos. Sólo se servía a un Señor.

Jesús dice estas palabras en el sermón de la montaña. Lo hace al hablar del peligro de las riquezas y de cómo el exceso de preocupaciones nos lleva a no poner la confianza en el Señor.



Estos días hemos celebrado la memoria de san Antonio Abad. El momento decisivo en la vida de este santo se produjo cuando tenía 18 años y recibió una cuantiosa herencia tras la muerte de sus padres. Entró en la iglesia y el sacerdote estaba leyendo estas palabras evangélicas: «Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres –así tendrás un tesoro en el Cielo– y luego vente conmigo». «Entonces Antonio, como si Dios le hubiese infundido el recuerdo de lo que habían hecho los santos y como si aquellas palabras hubiesen sido leídas especialmente para él, salió enseguida de la iglesia e hizo donación a los aldeanos de las posesiones heredadas de sus padres» (Vida de san Antonio).

Está claro que estas palabras, que Antonio se sintió llamado a vivir literalmente por una vocación especial del Señor, no todos las hemos de poner en práctica de la misma manera. Los que vivimos en el mundo hemos de tener bienes materiales, los necesitamos para desarrollar nuestra vida. Incluso los que dejan el mundo y se van a un monasterio, no pueden prescindir de todo. Mientras estemos en esta tierra necesitaremos cosas.

¿Qué nos pide entonces Dios?

1. «Aunque crezcan vuestras riquezas, no les deis el corazón» (Sal 61, 11)

El peligro de las riquezas es que nos atrapan el corazón. Nos dan seguridades. No se trata sólo de las riquezas materiales (dinero, posesiones, capacidad adquisitiva...), sino también de las riquezas espirituales (mis cualidades, mis logros profesionales o académicos, la opinión que otros tienen de mí, mi "imagen"...). En la medida en que ponemos nuestra seguridad en estas cosas, no la ponemos en Dios. Pero esto, bien pensado, es una insensatez. ¿Quién me asegura que esa riqueza que ahora tengo no va a desaparecer?

«Los amigos que teníamos en Alençon eran demasiado mundanos y compaginaban demasiado las alegrías de la tierra con el servicio de Dios. No pensaban lo bastante en la muerte, y sin embargo, la muerte ha venido a visitar a un gran número de personas a las que yo conocí, ¡¡¡jóvenes, ricos y felices!!! Me gusta volver con el pensamiento a los lugares encantadores donde vivieron, preguntarme dónde están, qué les queda hoy de los castillos y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida... Y veo que el único bien que vale la pena es amar a Dios con todo el corazón y ser pobres de espíritu aquí en la tierra» (santa Teresita).

«Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has acumulado?» (Lc 12, 20). Jesús llama necio al que «atesora para sí y no es rico ante Dios» (21).

Por tanto, lo que el Señor nos pide no es no tener bienes, sino mantener el corazón libre, aunque los tengamos. Son las palabras del salmo 61: «Aunque crezcan vuestras riquezas, no les

deis el corazón». Queda como solución, como dice san Pablo, que el que posee algo viva «como si no poseyera; los que negocian en el mundo como si no disfrutaran de él» (1Co 7, 30-31). Un corazón libre de ataduras.

2. Edificar sobre roca

¿Sobre qué edificamos nuestra vida? ¿Cuál es el cimiento que da solidez y fundamento a tu existencia? ¿Pones tu seguridad en lo que no dura? Esto es edificar tu casa sobre arena.

«Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande» (Mt 7, 27). En cambio, si tu seguridad la pones en Dios y no

en tus riquezas o talentos, edificas tu vida sobre roca.

«Construir sobre Cristo quiere decir fundar sobre Su voluntad todos nuestros deseos, expectativas, sueños, ambiciones, y todos nuestros proyectos. Significa decirse a sí mismo, a la propia familia, a los amigos y al mundo entero y, sobre todo, a Cristo: "Señor, en la vida no quiero hacer nada contra Ti, porque Tú sabes lo que es mejor para mí. Sólo Tú tienes palabras de vida eterna"» (Benedicto XVI).

San Pablo nos invita a hacer un examen de conciencia acerca de esto: «Mire cada cuál cómo construye» (1Co 3, 10). No pongamos el cimiento de nuestra vida en nuestras riquezas, pues todas, incluso las que son buenas, pasan y desaparecen.

3. La indiferencia ignaciana

San Ignacio de Loyola comienza la primera etapa de sus Ejercicios Espirituales señalando que «el hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar el alma». Y añade a continuación: «Y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden a conseguir el fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impiden. Por lo cual, es menester hacernos indiferentes a todas las cosas» (EE 23).

Es la famosa indiferencia ignaciana. No es, como quizá alguno podría pensar, apatía, ni displicencia, ni insensibilidad. Más bien requiere una gran energía, pues el alma debe triunfar en la lucha contra las pasiones, para no dejarse llevar de gustos o disgustos. Requiere la firmeza de la roca en medio del mar, inamovible en medio del oleaje. Ancla en sólo Dios. Nosotros no sabemos lo que más nos conviene, mientras que el Señor conoce con toda exactitud lo que es bueno para nosotros, pues Él nos ha creado y nos conoce mejor que nosotros mismos. Eso nos ha de llevar a aceptar lo que Dios va haciendo con nosotros, aunque no siempre lo comprendamos, aunque Él a veces desbarate nuestros planes. De manera que «no queramos, de nuestra parte, más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y así en todo lo demás, solamente deseando y eligiendo lo que más conduzca al fin para el que hemos sido creados».

Cuántas veces una enfermedad, un disgusto, un fracaso, han servido para acercar un alma a Dios. Y cuántas la prosperidad, el éxito mundano, la fama, han apartado a un alma del plan de Dios y, por tanto, de la felicidad. Esta indiferencia lleva al alma a la pobreza de espíritu, a no preferir nada sino lo que sea mejor para la vida eterna, a despegar el corazón del apego a las riquezas de esta vida.

Qué ejemplos de indiferencia nos dejó, por ejemplo, la Sagrada Familia, en su viaje a Belén para el censo.

Aceptación amorosa de los planes de Dios, que les iba desprendiendo de todas sus 'riquezas', sus pocas seguridades...

«Si supieras hasta qué punto quiero ser indiferente a las cosas de la tierra! ¡Qué me importan todas las bellezas creadas! ¡Desgraciada de mí si las poseyera! ¡Oh, qué grande me parece mi corazón cuando lo considero en relación a los bienes de este mundo, puesto que todos ellos reunidos no podrían contentarle!» (santa Teresita).

La indiferencia engendra paz. Nuestras inquietudes proceden siempre de no estar indiferentes, conformes con lo que tenemos (salud, cualidades, estados de ánimo, fracasos, éxitos), o de tener miedo a perderlo. Con la virtud regia de la indiferencia, se cortan de raíz todas las inquietudes y **la paz se enseñoa del alma. Y la paz engendra la alegría**, que con la sencillez son distintivo de una vida feliz.

4. «No podéis servir a dos señores»

Hay dos señores: Dios y las riquezas, y no existe un tercero. Cuando se quiere a un señor, se odia al otro. Si eres fiel a uno, desprecias al otro.

«O bien servimos a Dios y lo amamos, y entonces odiamos a las riquezas, es decir, a nuestro apego a los bienes materiales o espirituales; o por el contrario –y esto ya es difícil decirlo– amamos nuestro apego a esos bienes y, por consiguiente, odiamos a Dios» (Tadeusz Dajczer). No podemos compaginar esas dos realidades: servir a un señor y al otro.

Es verdad que podemos servir imperfectamente a Dios, pero en la medida en que damos cabida al otro señor (las riquezas), estamos echando al Señor verdadero de una parte de nuestro corazón.

«El análisis de tu oración, te ayudará a detectar qué tipos y géneros de riquezas tienes en tu vida. Si consigues darte cuenta en qué piensas con mayor frecuencia durante la oración, entonces sabrás cuál es para ti tu tesoro. "Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mt 6, 21). Tus distracciones te permitirán detectar cuántas riquezas y apegos hay en ti. Si hay muchos, entonces que no te extrañe que tengas dificultades al rezar el rosario, o durante la adoración, o durante la Santa Misa».

Otra clara manifestación de los apegos **es nuestra tristeza en las situaciones en que Dios nos arrebató algo**. A pesar de todo, irá quitando todo lo que nos esclaviza, es decir, todo lo que es nuestro mayor enemigo, todo lo que provoca que nuestro corazón no sea libre para el Señor. Y solamente, cuando empezamos a aceptar esa situación, y a tomarla con serenidad y buen humor, nos iremos convirtiendo en un ser cada vez más libre.

Por eso todos los momentos difíciles, las pruebas y contrariedades, son un paso de Dios por el alma, que quiere liberarla de todo lo que no es Él, purificarla de adherencias para que sea sólo suya. Dios te ama tanto que quiere lograr en ti la verdadera **libertad del corazón**.

El pueblo de Israel, con frecuencia, sentía la tentación de volver la espalda a Dios y acercarse a los ídolos. Les daban seguridad, eran 'dioses' que **podían controlar**, mientras que el Dios de sus padres, les llevaba por un **camino de fe en el que ellos no tenían las riendas**. Por eso el pueblo se hizo un becerro de oro mientras Moisés pasaba cuarenta días en la cima del monte con el Señor. La verdadera libertad pasa por el abandono en Dios, por la **pobreza de espíritu**.

5. La pobreza de espíritu

La pobreza de espíritu es la actitud del niño. El niño reconoce que carece de todo y que no sabe nada. El niño está colmado de expectativas y de fe, y cree que recibirá todo cuanto necesita.

En la meditación de *Dos banderas* de los Ejercicios Espirituales, san Ignacio nos dice que el demonio siempre comienza a tentar al alma de la misma manera, por la **codicia de riquezas**. Es el primer escalón de su táctica. De ahí se pasa fácilmente al **vano honor del mundo**. Y de ahí se desciende al escalón más bajo, la **crecida soberbia**. Las riquezas nos conducen, por tanto, a la soberbia, a la autosuficiencia y, en último término, a rechazar a Dios, al que no necesitamos. En cambio, el buen espíritu nos impulsa a la **pobreza espiritual** (y si Dios quiere la actual). De ahí surge el **deseo de oprobios y menosprecios**, y de ahí nos conduce a la verdadera **humildad** (EE, 142 y 146).

Dios no siempre nos quita nuestras riquezas, pero siempre nos pide que estemos dispuestos a desprendernos de ellas, como hizo con Abrahán. Le pidió lo que más quería, a su hijo Isaac, entregado en sacrificio. Abrahán hizo su entrega en el corazón, pero Dios no quiso que la consumara, le bastaba que hubiera estado dispuesto a entregarlo. A veces, Dios nos pide que le entreguemos algo. Otras veces, le basta con que estemos dispuestos a dárselo, porque esta disposición ya libera nuestro corazón de sus apegos.

El ejemplo de Gedeón

Dios, para hacer de ti un signo y servirse de ti, tampoco necesita tu fuerza, por el contrario, necesita tu debilidad. Esa idea fue expuesta de una manera muy firme ya en el Antiguo Testamento, en el ejemplo de Gedeón. El adversario de Gedeón tenía un ejército de 135 mil hombres, mientras que Gedeón disponía apenas de 32 mil, cuatro veces menos. Sin embargo, en la historia se han conseguido victorias por ejércitos inferiores en una proporción similar, por eso para Dios aquella desproporción resultó aún pequeña. Ordenó reducir el número de guerreros de Gedeón. En una primera selección su cantidad se redujo de 32 mil a 10 mil. La tropa de Gedeón es ahora trece veces menos numerosa. En la historia de la estrategia militar se desconocen victorias alcanzadas con tanta desventaja, pero aún así, el hombre hubiera podido atribuirse el triunfo, atribuirlo a su propio ingenio. Gedeón seguía siendo demasiado fuerte, seguía estando en condiciones de contar con sus propias fuerzas. Dios lo sometió a una nueva prueba, y le ordenó que renunciara a casi 10 mil guerreros más y que se quedara únicamente con 300. En un momento así realmente ya no sabemos si la situación es dramática o cómica. Parece ser totalmente ridículo dar la cara con semejante ejército a un enemigo que es 450 veces más fuerte. En semejante situación la victoria podía ser alcanzada **solamente por Dios**, porque ya estaba fuera del alcance de Gedeón. Gedeón dio la cara con aquel puñado de hombres y hubo victoria. La enorme desventaja que tenía hizo que ni siquiera sintiera la tentación de creerse el autor de la victoria. Toda la situación fue llevada hasta el absurdo, como si Dios sonriendo dijera: «Ya ves, Gedeón, querías vencer por medio de tu habilidad y la fuerza de tu ejército, mira, te quedaste con 300 hombres para hacer frente a 135 mil enemigos. ¿Qué te parece?» Gedeón confió en el Señor, y alcanzó un triunfo sin igual en la historia (cf. Jc 7).

El Señor guarda su tesoro en frágiles recipientes de barro, **para que lo que hagamos se haga por el poder de Dios, y no por el nuestro** (cf. 2Co 4, 7). Dios despojó a Gedeón de su poder humano, le hizo pequeño y débil, hizo algo que desde el punto de vista humano parece absurdo. Algo similar puede ocurrir también en tu vida. Si tienes en ti mismo 32 mil elementos del poder humano, Dios los convertirá primero en 10 mil, y posteriormente en 300. Entonces serás realmente muy débil, casi como un muerto. Pero a pesar de esta debilidad, podrás ir venciendo. Y ésas serán victorias no de tu poder, sino del poder de Dios.